

TRES MUJERES EN LA VIDA DE LA REINA ISABEL

JAIME COLOMINA TORNER

Numerario

Subrayo unas fechas de la vida de la Reina para enmarcar en la Historia estos dos relatos.

Isabel nació en Madrigal de las Altas Torres el 22-4-1451. La primera mujer que vamos a biografiar en síntesis, Beatriz de Silva, estuvo muy cerca de la princesita durante sus dos primeros años de vida. No dejaría de prodigarle sus caricias y besos.

Pero en 1453 Beatriz desapareció de la Corte; veremos por qué.

Meses después de la muerte del rey (julio de 1454), la reina viuda se retiró con sus dos pequeños, Isabel de menos de 4 años y Alfonso, de varios meses, a Arévalo en una minicorte reducida. Enrique IV, hijo de Juan II y de su primera esposa María de Aragón, es ya el rey de Castilla. Al año siguiente se anula su matrimonio con Blanca de Navarra, y contrae nuevas nupcias con la princesa Juana de Portugal. La princesita Isabel, en Arévalo, se hace íntima amiga de otra niña de casi su misma edad, Beatriz de Bobadilla; años más tarde ella y su futuro esposo, el converso A. Cabrera, ayudarán en su causa a la princesa.

Cuando la reina, supo que iba a ser madre después de cinco años de matrimonio, deseó el trono de Castilla para su vástago y no para los hermanos de su esposo el rey, Alfonso e Isabel. Por ello se propuso retener cerca a los dos niños, más como rehenes que como miembros distinguidos de la familia real. Así el rey, ordenó el traslado de ambos príncipes desde Arévalo a la Corte, «arrancándolos

de los brazos de su madre de forma inhumana y forzosamente», diría diez años más tarde la reina Isabel. Busca con ello complacer a su esposa, mas también una esmerada educación principesca para sus pequeños hermanos de padre.

Nació la infantita, a quien dieron el nombre de su madre, Juana, en febrero de 1462. Fue cristianada por el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, y actuando de madrinas la infantita Isabel y la marquesa de Villena, esposa del marqués y gran valido de Enrique IV, D. Juan Pacheco, familiar del arzobispo Carrillo. Estos dos personajes protagonizarán de forma decisiva en los quince años siguientes la lucha por el Trono de Castilla, combatiendo a veces en bandos contrarios, uno a favor de Isabel, otro de Juana «la Beltraneja» (Este mote, que pasó a la Historia, fue el que dieron a la infantita los que la tenían por hija adulterina de un caballero muy afín a la reina, D. Beltrán de la Cueva. Por cierto, esa infanta, que no llegaría a reinar, y que renunció a los ventajosos matrimonios que le propuso la nobleza castellana, moriría, como digna monja clarisa en un convento de Coimbra).

Otra fecha significativa fue 1468, cuando el adolescente príncipe Alfonso, que a sus quince años ya había combatido contra las fuerzas de su hermanastro, el rey, murió súbitamente (¿envenenado?) en La Cardeñosa (Ávila). Trago amarguísimo para su hermana, la princesa Isabel, que quedó ya como única pretendiente al Trono, frente al bando que apoyaba la candidatura de «la Beltraneja». Por su parte, Isabel, de 17 años, rechazó varias proposiciones de matrimonio, urdiendo casi en secreto, por instigación del arzobispo Carrillo, los Enríquez y otras familias nobles su casamiento con el príncipe Fernando de Aragón, hijo de Juan II y de su segunda esposa Juana Enríquez. Era esta reina aragonesa hija del gran almirante de Castilla y su hijo Fernando, algo pariente de Isabel, tenía un año menos que ella.

Como esas nupcias eran vedadas por el rey Enrique IV y también por parte de la nobleza castellana (incluidos los Mendoza, que tanto harían después por la causa de Isabel) y no menos por la aragonesa, tanto la princesa como sus amigos íntimos tuvieron que ingeniar mil modos para mantener secreto ese noviazgo a distancia. Isabel dio muestras de gran temple, espíritu de piedad y confianza en Dios, de inteligencia y diplomacia para rechazar o dar largas a los noviazgos que le buscaban. Su hermano Alfonso que siempre la defendió había muerto, su madre sumida en sus depresiones. Pero no le faltaban fieles amigos: entre ellos su vieja amiga Beatriz de Bobadilla y un valiente caballero, que ya estuvo presente en la minicorte de Arévalo, Gutierre de Cárdenas. Quizá fue la misma princesa la que urdiría la boda entre este caballero y una bella y nobilísima dama de Valladolid, Teresa Enríquez, prima hermana del príncipe Fernando de Aragón. Será la segunda mujer santa que trataré de biografíar.

Obtenido finalmente y a regañadientes el permiso de su hermanastro el rey, después de no pocas aventuras, la boda de Fernando e Isabel tuvo lugar en Valladolid el 19-X-1469, de forma modesta.

BEATRIZ DE SILVA

1. Portuguesa de familia noble. Nacida hacia 1433 en Ceuta (entonces de Portugal) o en Campo Mayor. Emparentada con la familia real portuguesa.

En 1447 la adolescente Beatriz es incluida en el selecto grupo de nobles doncellas que la princesa Isabel trae consigo a Castilla al casarse con el rey castellano Juan II. Beatriz era de una belleza deslumbradora. Marcos de Lisboa la describía en 1570 como doncella

que «en hermosura, discreción y gracia excedía no sólo a las otras damas de la reina sino a todas las de su tiempo». La joven, inocente y purísima, no era consciente de las pasiones que desataba en aquella corte y no sólo entre los caballeros jóvenes.

2. Tirso de Molina, que escribió un drama sobre Beatriz, describe el talante de esta doncella en la disoluta corte de Tordesillas: a todos rechaza, aunque a todos atiende con galanura. Menudeaban los torneos y juegos florales en los que la flor ganada por un caballero era gentilmente ofrecida a Beatriz, proclamada la más hermosa dama de la Corte. Ella lo aceptaba con una sonrisa tímida, pero conservaba su corazón alejado de toda pasión humana, centrado en su único Amor.

Tirso refleja dicho talante en este diálogo entre Beatriz y otra compañera que la contempla con cierta envidia y temor por su virtud dar en prenda guantes y flores a tantos simpatizantes:

INES.... «Pues dando a todos favor –tan repartida te veo– que te juzgo enamorada –y no sé en particular– si lo estás.

BEATRIZ Todo me agrada –y a todos quiero igualar,– y no me enamora nada.

I. A D. Pedro diste un guante.

B. Es Pereira, mi pariente –portugués en lo constante, en lo airoso, en lo valiente– y portugués en lo amante.

I. En Castilla está por ti – Bien, por fuerza has de quererle.

B Quiérello, Inés, así, así....- lo que basta a entretenerle. – Pero no a salir de mí.

I. Si eso es verdad, no has andado –grata a su merecimiento –pues le has con otro igualado.

B. ¿Cómo?

I. Don Diego Sarmiento.– El otro guante le has dado.

- B. Pidiólo con cortesía; –es ilustre castellano. –y cuando calzada vía –la una a la otra mano– envidiosa se corría.
- I. El Don Diego es por extremo – y si en tal Sarmiento ves – llamas de amor ya te temo.
- B. A tales llamas, Inés,– caliéntome y no me quemó.
- I. Créolo, pues te divierte – Don Luis Velasco.
- B. Sabe: tiene alma, es gallardo, es fuerte; –por lo secreto y lo grave– con las damas tendrá suerte.
- I. También mostraste largueza – en favorecerle.
- B. Sí, que es mucha su gentileza. Y, como los guantes dí, –fui a pedir a la cabeza– una flor de su tocado.
- I. En fin, ¿ha de dar favores – a todos tu amante agrado?
- B. ¿Qué quieres?... Guantes y flores –danlos las tiendas y el prado.– No he de ser yo menos que ellos.
- I. En no habiendo más que dar – pediráslo a tus cabellos.
- B. No, Inés, que no ha de llevar – mi gusto nadie por ellos».

3. Año 1453. Desde principios del año la reina Isabel sufre una cierta crisis nerviosa. El asunto del condestable D. Alvaro se enturbia cada vez más. Lenguas malévolas vierten en sus oídos graves acusaciones contra el todopoderoso valido de su esposo. Algunos le acusan de haber envenenado a doña Leonor, la reina viuda de Portugal que al morir el rey vino a refugiarse en Tordesillas con su hermana María de Aragón, la reina de Castilla. De hecho esta dama murió con una extraña enfermedad de tres días y con raras manchas en la piel. Pero es que unos meses más tarde la misma reina falleció con los mismos síntomas. Entonces entre los nobles el arsénico no era de uso infrecuente. Decían que D. Alvaro no toleraba cerca del rey a nadie que pudiera contradecir sus planes: y esas damas lo hacían. Isabel veía a ese personaje moverse con autoridad en la Corte, y empezó a temerle y a pensar que si no acababa ella con él acabaría él con ella.

En los torneos y fiestas que celebran habitualmente el condestable y otros nobles suelen participar los reyes y su cortejo de damas y pajes. Y una y otra vez se repiten las loas a la belleza sin par de Beatriz. La cual, con tímida y pudorosa sonrisa, parece aceptar los galanteos, a la vez que rechaza cortesmente cualquier compromiso. La reina también se sabe hermosa y se muerde los labios. En una ocasión susurró cuando vio al propio rey encomiar esa hermosura: «Sólo falta que le den mi cetro».

Alguno, despechado por el rechazo de la joven dama, suscitó una sórdida sospecha: que Beatriz fuese amante secreta del rey. Era la gota que hizo desbordar el vaso. La pobre reina, ya embarazada del futuro príncipe Alfonso, psicológicamente enferma, perpetró esa primavera el grave atentado que pudo acabar con la vida de la inocente niña. Una noche la bajó a un sótano del palacio de Tordesillas, engañada, y la obligó a meterse en un gran arcón, que cerró luego con llave. Estuvo allí tres días. Enseguida se comentó su misteriosa desaparición entre las damas y cortesanos, que al prolongarse se convirtió en verdadera inquietud. Pero fue un tío paterno de Beatriz, D. Juan de Silva, conde de Cifuentes, quien se presentó nervioso a la reina exigiéndole la verdad sobre su sobrina.

– Venid y lo veréis – contestó secamente ella.

Le condujo al anochecer al fondo del sótano, y a la luz de un farol le mostró el gran arcón :

- ¡Allí está!
- Pero ¿qué habéis hecho, señora?

Abrió el gran cofre; y en vez de un cadáver o una moribunda criatura, salió sonriente y fresca la muchacha.

– ¡Es un milagro! – exclamó la reina. Y cayó a los pies de Beatriz pidiendo perdón por su locura.

Nadie, ni el rey que murió al año siguiente, conoció este hecho. Pero Beatriz decidió –de acuerdo ya con la reina– marchar de la Corte. Se propuso venir a Toledo para ingresar en el monasterio de Santo Domingo el Real. Cuando lo supo Juan II comprendió que aquella bellísima criatura, tan pura y encantadora, era sólo para Dios. El rey le proporciona medios y una carta para la priora de dicho convento, que era familiar suya, doña Catalina de Castilla. Y a Toledo se vino antes del verano con un pequeño séquito y acompañada de su tío el conde.

4. Dije que en la Corte no se conoció ese terrible lance que pudo ser mortal, ni pudo entenderse esa como «fuga» de la encantadora Beatriz a Toledo. Pero la misma reina viuda, ya en Arévalo, un día tuvo que narrarlo a la infantita Isabel, que no había olvidado a aquella hermosa y cariñosa dama, que acunara su primera infancia. Se sabe por varios testimonios incluso en el proceso de beatificación de Beatriz, que desde Arévalo la reina y su hijita vinieron quizá más de una vez a encontrarse con la joven dama que moraba en el convento de Santo Domingo el Real, como monja, sin serlo. Desde un primer momento el arrepentimiento de la reina, vuelta en sí de su locura, fue sincero, y el perdón de la nobilísima doncella, total.

Pero lo que no pudo saber la reina, pero sí su hija Isabel, de labios de la misma Beatriz, es todo lo acontecido en el arcón durante esos tres días, que transformó radicalmente su vida y alumbró su vocación que desde Toledo alcanzaría a gran parte del mundo.

Mas antes un inciso. Realmente ¿en qué convento de Toledo

estuvo sin profesar ni vestir hábito, como dama que a todas edificaba con su elevada oración y austerísima vida? Entonces existían los dos monasterios que siguen hoy con el mismo nombre «Santo Domingo el Real». Será bastante más tarde cuando se cambiará en uno de ellos ese título para evitar confusiones, adoptando el de «Santo Domingo de Silos o el Antiguo». Uno y otro se atribuyen la gloria de haber sido morada de esta gran Santa luso-toledana. Dejando esa discusión, la hipótesis más creíble parece ser la del crítico alemán Helmut Waibel. Según este historiador, Beatriz se dirigió primeramente al actual Santo Domingo el Real, cuya Priora, hemos dicho, era tía del rey, que le dio un escrito presentándola, y pariente también del tío de Beatriz, que la acompañaba. Algo muy lógico. Convento además fundado años antes por una Meneses, pariente también lejana de Beatriz. Las monjas eran dominicas, como hoy.

Mas la joven portuguesa conocía la existencia del otro convento de Santo Domingo, cuya monjas eran cistercienses (igual que hoy). En la familia de Beatriz había una cierta tradición cisterciense, que le hacía simpatizar con aquella comunidad. Pero lo que tuvo que impulsarla definitivamente a ingresar en la Comunidad cisterciense, también como dama seglar, sin recibir el hábito ni profesar, pero llevando la misma ejemplarísima vida espiritual, fue esa vocación íntima a la que he aludido y que tiene que ver con lo ocurrido en el célebre arcón de Tordesillas cuando alboreaba la primavera de 1453.

5. ¿Qué pasó, pues, en aquellos tres días terribles? Es la misma Beatriz quien lo refirió a la ya reina Isabel, que tanto la quería y tanto cooperó en la fundación de sus Monjas Concepcionistas (hasta el punto de que algunos han llamado a la Reina Católica cofundadora de esa Orden), y también a sus Directores de espíritu (casi

todos franciscanos) y, lógicamente, a las primeras monjas de su Orden. Cuando la niña se vio encerrada en la oscuridad de aquel enorme cofre, abandonado en aquel escondido sótano, víctima de la ira celosa de su reina, se creyó condenada a muerte. Pensó en su familia lejana y lloró, mas pronto se volvió hacia sus amores más puros: Jesucristo y su Madre, que ella desde niña venía invocando como Inmaculada. De pronto, se vio como sumergida en un éxtasis desapareciendo la oscuridad, el cofre y todo, viéndose a los pies de la Virgen luminosa y sonriente, vestida de blanco y azul (los colores que adoptará el hábito de las Concepcionistas), la cual tranquilizó a la niña: «Hija mía, no temas. De aquí a tres días serás librada de esta prisión, y es mi deseo que eso que desde hace tanto tiempo deseas hacer que más me agrada lo harás fundando una Orden en honor de mi Inmaculada Concepción, cuyas hermanas vestirán como yo visto».

Pues bien, ese encargo de María no se realizó en Portugal, patria de Beatriz, ni en otro lugar de Castilla, sino en la lejana Toledo. La gestión la realizó a fines del siglo XV Beatriz, ayudada por la Reina, que le cedió parte del gran complejo de los palacios de Galiana, y junto con el cardenal Cisneros, logró la fusión de las benedictinas de San Pedro de las Dueñas con las nuevas Concepcionistas. La Orden recibiría la aprobación pontificia de Inocencio VIII el 30 de abril de 1489. Y ya en 1501, cuando los franciscanos pudieron pasar al espléndido monasterio de San Juan de los Reyes, que acababan de inaugurar Fernando e Isabel, las Concepcionistas se trasladaron al antiguo monasterio de ellos, el actual convento de Madres Concepcionistas, Casa Madre de todas las que hay en el mundo. Estos traslados ya no los conoció Beatriz, que murió a sus 60 años en 1492, en Toledo.

Sería beatificada por Pío XI el 28-7-1926, y canonizada por

Pablo VI el 3-10-1976. Su sepulcro se venera en la iglesia de la referida Casa Madre.

6. Termino esta biografía ¿Y por qué la Inmaculada cuatro siglos antes de su definición dogmática?

La fe en la pureza total de María, libre de toda mancha de pecado ya desde su concepción, estaba viva en la conciencia de casi todo el pueblo cristiano desde los orígenes; pero algunos grandes teólogos, especialmente de la Escuela dominicana, se resistían a aceptarlo por cierta honradez o coherencia intelectual: la posibilidad de ese hecho la estimaban incompatible con otras verdades dogmáticas, que ahora no puedo exponer. Si los dominicos se distinguían entre los negadores, los franciscanos (sobre todo los teólogos ingleses de esos siglos) lideraban la facción de los defensores de ese privilegio. La Iglesia jerárquica no se inmiscuía en esas discusiones teológicas, pero se mostraba más bien favorable y cercana a la fe popular. Y precisamente, con alegría de los fieles sencillos que pudieron conocerlo (y singularmente dentro de la familia de Beatriz), un concilio universal, que por otras razones devino cismático, definió casi con las mismas palabras que utilizaría cuatro siglos más tarde el beato Pío IX (8-12-1854) esa creencia como verdad de fe. Esto ocurría cuando Beatriz era una niña casi recién nacida. Pero, desgraciadamente, el cisma de este concilio de Basilea le privó de toda autoridad doctrinal. Y las discusiones siguieron no sólo a nivel dogmático, sino popular y hasta poético. Toda la literatura, de los siglos XV al XVII nos ofrece espléndidos testimonios de este apasionado debate.

Difícilmente podía Beatriz exteriorizar su espiritualidad inmaculista en la comunidad de dominicas de espiritualidad más bien opuesta; sin embargo, sí podía sintonizar con la de las cistercienses,

de tradición también muy mariana. Pero yo pienso que estando tantos años en Toledo un espíritu tan perspicaz como el suyo hubo de sumergirse también en la espiritualidad de nuestro gran San Ildefonso, que le inspiraría esa honda devoción mariana que dejó como un legado a su Orden, y que una Concepcionista desarrollará más tarde, inspirando a su vez al gran misionero y teólogo francés de principios del s. XVIII S. Luis M. Grignon de Monfort. Espiritualidad de la llamada «esclavitud mariana», tan querida por nuestro Papa Juan Pablo II.

BEATRIZ DE BOBADILLA

1. Es una biografía distinta, pero también entrañable. Ya dije que esta hija del alcaide de castillo de Arévalo, refugio de la reina viuda con sus dos pequeños, fue amiga íntima de la princesita desde su primera infancia. Un autor recuerda así esta primera amistad:

«Isabel contrajo su primera amistad, amistad que duró hasta su muerte, con Beatriz de Bobadilla, hija del gobernador del castillo. Beatriz era morena y vivaracha, mientras Isabel era rubia reservada y extrañamente seria para su edad. Llegaron a ser inseparables; juntas gozaban en los cerrados jardines del Alcázar, juntas aprendieron a leer al lado de la reina, juntas se acercaron al altar de la Capilla para recibir la Primera Comunión. A veces montaban a caballo y, acompañadas por el gobernador y sus tropas, atravesaban la pequeña ciudad ceñida de altas murallas, para ir a pasear por la campiña, donde los campos de trigo y azafrán se extendían uno tras otro hasta perderse de vista. Semejante al trigo parecía el color del pelo de Isabel. Vacas y caballos pastaban por las riberas de los meandros del Araja. Más allá de los campos verdes se extendía un desierto desprovisto de toda vegetación y que a la imaginación de las niñas se presentaba lleno de cosas misteriosas que inspiraban pavor. Luces y sombras se alternaban en la meseta como olas de un negro mar. Algunas veces llegaban hasta Medina del Campo, donde tres veces al año se celebraba la mayor feria de España, y a donde llegaban merca-

deres de todos los países del sur de Europa para comprar maderas y granos de Castilla e inquietos novillos, mulas y caballos de Andalucía; caballeros de Aragón, marinos de Cataluña, montañeses de Guipúzcoa, moros de Granada con sus turbantes, labradores castellanos de ojos azules, barbados judíos de levitas negras, campesinos de Provenza y del Languedoc, y a veces hasta ingleses y alemanes» (W. Th Walsh, *Isabel de España*, p. 24).

2. Pocos años más tarde, cuando las dos niñas fueron unas mozuelas, y las intrigas del Palacio y la nobleza comenzaron a amargar la vida de la Princesa queriéndola uncir a matrimonios que a ella le repugnaban, haciéndola llorar en su soledad (pues su madre seguía en Arévalo sumergida en su depresión enfermiza) allí estuvo a su lado la intrépida Beatriz dispuesta a todo. Como se vio en uno, tal vez el más zafio proyecto de matrimonio para Isabel, fraguado por su hermanastro, el rey, el marqués de Villena y otros nobles.

El novio era precisamente el hermano del intrigante marqués, D. Pedro Girón, Maestre de Calatrava, hombre riquísimo, ya casi anciano, cristiano nuevo y tan poco recomendable como su propio hermano. No le importaba hacer desgraciada a aquella adolescente Infanta y entrar en el juego de su hermano, del nefasto rey y otros nobles, si con ese casamiento veía satisfechas sus más altas ambiciones nobiliarias y políticas. La pobre Isabel, sola amenazada incluso por el rey si rechazaba esa boda, se refugió en la plegaria. Y llegó su amiga Beatriz, informada del caso, mostrando un puñal de plata que escondía en su seno: «Nunca casaréis con tal monstruo, pues juro por Dios que si viene por vos hundiré este puñal en su corazón». Pero Isabel se sumergía en su angustiada oración suplicando a Dios la librase de esa injusticia.

Por su parte, D. Pedro había agradecido al rey esa oferta de matrimonio y se había puesto en viaje hacia Madrid, donde se pre-

paraba ya una fastuosa boda. Partió de su castillo de Almagro, pero tuvo que detenerse en Villarrubia de los Ojos por unas dolencias aparentemente leves, que, sin embargo, se agravaron rápidamente acabando con su vida en sólo tres días. Murió –dicen– blasfemando de Dios, que no le dejaba lograr su propósito, y rechazando los auxilios cristianos.

3. Beatriz, por entonces, se casó con el también cristiano nuevo Andrés Cabrera, nombrado alcaide del Alcázar de Segovia y custodio del Tesoro real allí guardado. Esta pareja y sus hijos habrían de prestar grandes servicios a los reyes. Isabel, ya reina, los haría primeros marques de Moya.

Hacia 1466, «Isabel seguía en Segovia –escribe el historiador L. Suárez–, pero no en el Alcázar donde se había instalado la reina Juana. La servían cinco damas, una de las cuales, Beatriz de Bobadilla, aseguraba el enlace con Cabrera, alcaide de la fortaleza y custodio del Tesoro. Mientras los representantes de la nobleza negociaban con el rey en Olmedo, Juan Pacheco proyectaba dar un golpe de mano sobre Segovia..., que le permitiera apoderarse de los tres últimos rehenes; la reina, la infanta y los cofres del Tesoro. La ciudad, que no contaba con suficientes medios de defensa, cayó efectivamente en sus manos, pero Cabrera retuvo incólume el castillo y a la reina Juana con él. Fue entonces cuando el marqués pudo incorporar a su bando a Isabel, la cual pudo reunirse de nuevo con su querido hermano Alfonso... Una de las primeras decisiones de Pacheco fue despedir a las cinco damas, pues otras mujeres se harían cargo de la custodia de la Infanta. Dos de ellas, Mencía de la Torre y Beatriz de Bobadilla dijeron que en modo alguno se separarían de la Infanta. Isabel, que conocía muy bien lo que se podía esperar del marqués de Villena y de esta supuesta «liberación», fue en busca de los otros dos prominentes jefes del bando alfonsino, el arzobispo Carrillo y el recientemente promovido a duque de Alba, como si en ellos tuviera más confianza... Logró que ambos empeñaran su palabra de no consentir que se impusiera a la Infanta un matrimonio..., mientras ella de libre y deliberada voluntad no diera su consentimiento» (L. Suárez, *Isabel la Católica*, 2004, ps. 35-36).

Después del matrimonio de Isabel con Fernando, antes del verano de 1473 el marqués que ya dominaba el Alcázar de Madrid (donde moraba la reina Juana, ya con su amante), quiso adueñarse también del de Segovia (con sus grandes tesoros). Trató de convencer al rey de que eso era necesario a favor de su desdichada hija; que todo eso estaba mejor en sus manos que en las del converso Cabrera... «Dos expertos financieros, Abraham Seneor, que era Rab mayor de los judíos, y Alfonso de Quintanilla, pusieron a Cabrera sobre aviso... Pero Enrique IV envió la orden y Cabrera no se atrevió a desobedecer. El 8 de mayo de 1473, estando ausente Fernando y residiendo todavía la princesa en Talamanca, el converso llegó a un acuerdo con Pacheco: cumpliría la orden del rey entregándole el Alcázar con el Tesoro, pero retendría la custodia de las torres y de las murallas de la ciudad. En ese momento un criado del marqués de Santillana trajo a Cabrera un pliego de avisos: lo que Pacheco estaba preparando, como en Toledo y Córdoba, era un levantamiento popular contra los cristianos nuevos... También los dirigentes de la comunidad judía advirtieron al alcaide que tenían noticias en ese mismo sentido» (Ibídem, pg. 93).

El 15 de junio Quintanilla y Seneor volvieron a reunirse con Cabrera. Su esposa, Beatriz, puso en antecedentes a Isabel de todo el plan, pues se la había reservado un papel importante. De dicha reunión quedó claro «que tanto para los judíos como para los conversos Fernando e Isabel constituían la mejor candidatura» (al Trono).

4. Descubierta y fracasado el propósito del marqués de Villena, comenzó en secreto alrededor de Beatriz y Cabrera un plan para lograr primero una reconciliación pública del rey con Isabel y Fernando y luego el reconocimiento público de Isabel como sucesora al Trono; dejando resuelta también una digna salida a la princesa Juana.

Así se logró que el rey quisiera pasar las Navidades en el Alcázar de Segovia. «En esas tediosas y frías tardes de diciembre Beatriz

y Cabrera tuvieron la oportunidad de explicar al rey todo el programa que habían trazado. Se trataba de evitar una guerra civil, de resultado siempre incierto, desastrosa especialmente para Juana, que se encontraría abandonada si Enrique llegaba a faltar. Ahora, mediante un adecuado matrimonio, se le garantizaba un porvenir como dama establecida en la cúspide de toda nobleza. Finalmente, el rey lo aceptó». No es probable que el valido tuviera noticias de lo que se estaba tramando. Beatriz fue a informar a Isabel, vigilada por gentes del marqués.

«Disfrazada de aldeana rica... se presentó en la residencia de Isabel: todo estaba a punto, de modo que la princesa debía comenzar a preparar con sigilo el equipaje, pues, cuando ella volviera sería para acompañarla ya sin más demora». Carrillo, no obstante, se opuso al plan temiendo que todo fuese una trampa para poner a Isabel en manos de sus enemigos. Pero entonces llegó Fernando, a quien su esposa había remitido secretamente un informe de lo que se preparaba, y que Fernando entendió y aceptó. Fernando despejó las dudas de Carrillo; había llegado el momento esperado de la reconciliación pública con el rey D. Enrique. «En la tarde del 27 de diciembre de 1473 volvió Beatriz para decir que todo estaba dispuesto y el rey aguardaba la visita. Isabel no tuvo un momento de vacilación. Bien abrigada porque el tiempo era crudo y las ropas viajeras servían para disimular la calidad de la persona, en una noche de cabalgada a la luz de las antorchas cubrió el camino hasta entrar en el Alcázar de Segovia». El rey estaba presente para recibirla. «Ella besó su mano, signo de acatamiento y vasallaje. Él la alzó para abrazarla con cariño de hermano». El día 30 hubo fiesta; los dos hermanos cenaron juntos en público; hubo canciones y bailes, de los que también participaron ellos.

Dos días más tarde llegó Fernando. Cuando anunciaron a Enrique IV su llegada, «se alzó de la mesa y salió a recibirle. No es extraño que en la carta que el mismo día escribió Fernando a Barcelona y Valencia utilizara para definir las nuevas relaciones establecidas con el rey de Castilla dos palabras, *confederación* y *concordia*.

Se daba ya por hecho que la pareja Isabel y Fernando eran los sucesores de la Corona. En cuanto a Juana, seguía en Madrid con su madre la reina, ambas vigiladas por Pacheco. El 8 de enero los Cabrera, verdaderos forjadores de la reconciliación, ofrecieron un gran banquete a cuantas personas de relieve se hallaban entonces en Segovia. El domingo, día 9, al salir de misa, los segovianos pudieron comprobar cómo el Rey y los príncipes cabalgaban juntos 'con el mayor placer del mundo', según anotó el cronista oficial Diego Enríquez del Castillo». (Ibíd., pgs. 95-97).

Pero este mismo día 9 enfermó el rey, y ya no mejoraría a lo largo de todo el año. Falleció el 12 de diciembre de este 1474.

5. Otro acto protagonizado por Beatriz ocurrió más tarde en plena guerra de Granada, asediando la plaza de Málaga. Fue en 1487. «Un fanático musulmán, *combatiente por la fe*, natural de la isla de Djerba, proyectó liquidar la cuestión asesinando a los Reyes. Se hizo capturar y manifestó que poseía el secreto de cómo podía ser tomada Málaga, pero que sólo a los Reyes personalmente revelaría. Dijo llamarse Ibrahim. Le llevaron a la tienda en que estaban D. Álvaro de Portugal y Beatriz de Bobadilla, a quienes él confundió tomándolos por los soberanos, y a quienes causó heridas aunque no de muerte».

En esta larga guerra para la reconquista del reino granadino —duró unos 10 años—, la Reina y con ella otras damas más afines como Beatriz de Bobadilla y Teresa Enríquez, estuvieron con frecuencia cercanas a los combatientes cristianos, con peligro incluso de sus vidas, como el referido, cuidaron a los heridos en unos primerizos hospitales de sangre, y la Reina también suavizó algunas duras exigencias de su esposo en el trato con los jefes musulmanes.

TERESA ENRÍQUEZ

1. La primera mujer, Beatriz, ha sido ya glorificada por la Iglesia; la segunda, Teresa, está en vías de serlo, ambas perfumaron con sus virtudes su mundo desde tierras toledanas. La primera dentro de nuestra ciudad, de la que prácticamente no salió, desde que, joven veinteañera, se encerró en Santo Domingo el Real. La segunda, especialmente, desde la toledana villa de Torrijos, donde se conserva su cuerpo incorrupto. Una y otra, arquetipos de belleza femenina, de bondad y de profunda vida cristiana.

Teresa Enríquez nació probablemente en Valladolid hacia 1450. Coetánea, pues, de la reina Isabel y de Beatriz de Bobadilla. Era hija del Almirante Mayor de Castilla don Alonso Enríquez y de su primera esposa o concubina doña María de Alvarado y Villagrán. Su padre era hermano de la reina de Aragón Juana Enríquez, madre del futuro Fernando el Católico. Teresa y Fernando eran, pues, primos hermanos. Vivió hasta sus 18 años más en un palacio cercano a Medina de Rioseco, con su abuela paterna doña Teresa de Quiñones (pues la joven perdió pronto a sus padres). Dicha doña Teresa era viuda del Gran Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, padre de la reina Juana de Aragón. Era mujer que ya en vida tuvo fama de santidad, de viva fe cristiana y acendrada devoción eucarística, así como de gran caridad hacia los pobres. Fue la mejor maestra que pudo tener su joven nieta en la práctica de la perfección cristiana.

El *Carro de las donas* (libro en el que se ensalza a las más grandes mujeres de su tiempo, escrito en catalán por el obispo de Nola fray Francisco Jiménez y traducido al castellano por fray A. de Salvatierra en 1542) afirma que esta nieta, Teresa, tuvo intención de hacerse monja al lado de su tía Blanca, hija de su abuela con quien ella convivía más como hija que como nieta. Pero no hay constan-

cia escrita de esto. Lo cierto es que a sus 19 ó 20 años se casó con D. Gutierre de Cárdenas, el maestresala de la Reina, y por intermedio, sin duda, de ésta.

2. Los Cárdenas, de origen vizcaíno, eran una rama linajuda, aunque no de la más alta nobleza, introducidos en la Corte. Gutierre había sido antes paje del arzobispo Carrillo, y hacia 1467 (dos antes del matrimonio de Isabel y Fernando) ejercía como maestresala de la Princesa. Según el cronista H. del Pulgar, era un hombre inteligente, laborioso y muy leal a Isabel. Su ayuda fue decisiva en la aventura del noviazgo secreto de Isabel con Fernando. El, jugándose incluso la vida, llevaba mensajes de ella a él, y de él a ella. Y fue uno de los organizadores del traslado del príncipe desde Aragón a Castilla, camuflado en una recua de arrieros. Tan camuflado que, cuando se presentó en Valladolid vestido de mozo de mulas, junto a otros, la Princesa no sabía a quien tenía que recibir, y Gutierre le susurró al oído. «Alteza, ése es, ése es». Más tarde rieron este percalce y la Reina otorgaría a Gutierre, una orla de S S, para su blasón.

Ya casada Isabel, que conocía a Teresa, prima de su esposo, tuvo que hacer cuanto pudo para el enlace de esta linda vallisoletana con su leal Cárdenas, nombrado ya Contador Mayor del Reino y Comendador de León, antes de 1474. Esos cargos le obligaban a él y también a su esposa, que le acompañó siempre, a vivir junto a los Reyes, en gran intimidad, en la Corte transhumante de entonces. Y también sus hijos compartían la cercanía y amistad del príncipe Juan, heredero de la Corona.

Teresa, por su parte, se convirtió en una dama más de Isabel, al lado de las viejas amigas Beatriz de Bobadilla, Beatriz Galindo y otras.

Durante la guerra de Granada (1482-1492) los Reyes estuvieron con mucha frecuencia en el mismo campo de batalla; y allí estaban Beatriz de Bobadilla y otras damas, con ellas Teresa Enríquez acompañando y atendiendo a la Reina, asistiendo a los heridos y enfermos, ayudando de otros modos posibles, incluso a veces con su propia fortuna. También el esposo de Teresa. «Mandó llamar la reina al Comendador Mayor de León, su Contador mayor, –escribe el cronista H. de Pulgar– a quien dio cargo de la administración de las cosas que en la hueste fuesen necesarias, que pusiese gran diligencia en mandar a los tesoreros que pagasen bien a la gente e la tuviesen contenta». Pero no sólo como Contador, sino también como combatiente. Gutierre luchó capitaneando algunas fuerzas cristianas, especialmente en la toma de Alora y el cerco de Málaga y llegó a la Alhambra antes que los Reyes, en cuya puerta los recibió.

3. La hora de la desgracia sonó para el matrimonio Cárdenas en abril de 1497. Habían tenido cinco hijos, cuatro varones y una niña. Dos varones murieron antes de cumplir los dos años. Los otros tres se desarrollaron educándose, según dije, al lado de los mismos hijos de los Reyes Católicos. La relación entre ellos no era solamente de respeto y pleitesía sino de verdadera amistad.

En 1490 habían participado en la alegría del pueblo andaluz al despedir a la princesa Isabel, primogénita de los Reyes, que iba a desposarse con el príncipe Alfonso de Portugal. Boda iniciada con tanta ilusión de los novios y de ambas naciones, celebrada en noviembre de este año, y que un desgraciado accidente truncaría siete meses más tarde con la muerte del príncipe. Fue la tragedia que ensombrecería el gozo de los Reyes por la ya cercana toma de Granada. En la preparación de esa boda había intervenido el Contador Mayor Gutierre de Cárdenas.

Pero en 1497, cuando se celebraban en Burgos los desposorios del príncipe heredero D. Juan, otro desgraciado accidente ecuestre, como el anterior, segó la vida de Alonso, el segundo hijo varón de Teresa. Como el accidente ocurrió ante los mismos Reyes y una inmensa multitud que asistía, el joven pudo ser atendido rápidamente por los mejores médicos de la Corte; pero las heridas fueron tan graves que le produjeron la muerte. Era el 3 de abril. Pareció un triste presagio, porque seis meses más tarde moría también el joven príncipe D. Juan inesperadamente; y ese trauma tal vez provocó un aborto a la joven desposada, la archiduquesa Margarita de Austria, que se volvió a su patria dejando aquí los cuerpos de su esposo y de su hijo. Tanto la reina Isabel como su dama Teresa Enríquez reaccionaron ante tal cúmulo de desgracias con el hondo dolor propio de una madre, pero con la serenidad y resignación de dos grandes cristianas. «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó», decía la Reina. Y en la cruz de Jesús encontró Teresa la fuerza de su espíritu. Seis años más tarde, en enero de 1503, moría, atendido por su cariñosa esposa, Gutierre de Cárdenas.

6. El matrimonio había adquirida años antes en la toledana villa de Torrijos un amplio edificio que acomodaron como palacio, al que se retiraban algunas veces. Aquí vino a refugiarse Teresa, después de la muerte de la Reina, ocurrida en noviembre de 1504, y ya con su hijo Diego y su hija María casados. Comenzaba para ella una nueva existencia, liberada del frenesí de la Corte, centrada en la realización de los grandes ideales que venían inspirando su vida.

Brevemente podría sintetizar así estos ideales, trasunto de los que vivió junto a su ya lejana abuela paterna: Fe viva y amor ardiente al Señor, especialmente en el misterio eucarístico; amor también a la santa Madre de Dios; caridad operativa hacia los más pobres y enfermos, incluidos los cautivos en tierras musulmanas y los niños; espíritu de austeridad y de oración muy elevada.

El fruto de su ardiente devoción eucarística se concretaría :

a) En la edificación de la hermosa colegiata de Torrijos, gótica en su interior, plateresca en sus portadas. La obra duró unos 10 años, concluyéndose en 1518.

b) En la creación o revitalización de las cofradías del Santísimo Sacramento. Para entender esto debemos situarnos en la crisis religiosa de las postrimerías del siglo XV e inicios del XVI. Respecto de la eucaristía ya a fines del siglo XIV el inglés Wicleff había negado la verdad de la presencia real. Ideas que se difundieron también por el Continente. Y en los años en que se construía la colegiata, se iba fraguando la escisión luterana y zuingliana, que también oscurecía o negaba la presencia real. Lutero rompería con Roma en 1517 y Zuinglio en 1518. Había una atmósfera sutil que afectaba a muchos si no de abierta negación, sí de poco aprecio al santo sacramento. A pesar de algunas reacciones positivas, como la fiesta del Corpus, que se iba extendiendo.

Dichas dudas se traducían con frecuencia en algo que hacía sufrir a espíritus sensibles, como el de Teresa: el Señor prácticamente abandonado en muchas iglesias donde se celebraba de tarde en tarde; sagrarios reducidos a vulgares cajones sin decorar, copones de madera, cálices de vidrio ordinario, ausencia de luces que indicaran la presencia del Señor...

En la iglesia romana de san Lorenzo in Dámaso, un humilde grupo de hombres sufrían también por estas cosas, e hicieron lo que podían según su pobreza: acompañar con luces y recogimiento al Viático por las calles. Carecían de recursos hasta para comprarse un palio decoroso. Las gentes contemplaban con cierto respeto, pero indiferentes, este gesto eucarístico de esa primera «cofradía del san-

tísimo Sacramento». Pero alguien informó a Teresa en Torrijos, de ese acto de esos buenos cristianos en la lejana Roma. Ella, tan enamorada del Santísimo, se conmovió y mediante un religioso les envió un espléndido palio bordado, una cajita dorada para las formas y 125 ducados para la naciente cofradía. Más tarde vinieron algunos a Torrijos para entrevistarse con doña Teresa. Esta mandó labrar una hermosa capilla de mármoles para el Señor en aquella iglesia romana, dotándola y enriqueciéndola. Existe en ella una lápida de mármol que recuerda a Teresa Enríquez como fundadora de esta primera capilla de las cofradías del santísimo Sacramento. También consiguió Teresa del papa Julio II una bula con privilegios para esta Asociación eucarística y licencia para fundarla en Torrijos. Así se logró en 1508, y desde Torrijos se extendieron a toda España, y más tarde a gran parte de Europa.

El amable título de «Loca del sacramento» se lo dio el mismo papa Julio II. Y poco después dirá de ella León X: «El que una dama de Castilla diera comienzo en el mundo, desde un pequeño lugar esta nueva forma de honrar a la Eucaristía y de fomentar la virtud de los cristianos es, sobre toda ponderación, glorioso para España».

c) En el amor a la Santa Virgen. No sólo en su piedad personal sino también en sus obras. En nuestra catedral tenemos aun la Capilla de Nuestra Señora de la Antigua, fundación de doña Teresa. Otra obra torrijeña honra el misterio de la Inmaculada Concepción de María: es la fundación en una gran casa de su propiedad de uno de los primeros conventos concepcionistas de España. No sorprende que en su testamento diga: «Tengo a la bienaventurada Virgen gloriosa Santa María por Señora y por Abogada en todos mis hechos, y ahora con devoto corazón me ofrezco por su sierva y le entrego mi alma».

d) En el campo de la justicia social y de la caridad. Teresa fue también pionera en ese terreno que siglos más tarde se conocería como «parcelación agraria». Alguna de sus grandes posesiones cercana a Torrijos la dividió en parcelas y la entregó a familias pobres para que la cultivasen con una pequeña renta que ella empleaba en sus obras caritativas. Es decir, sabía dar no sólo el pez sino la caña de pescar. Con la ayuda de un sacerdote sevillano, Fernando Contreras, célebre por sus obras sociales, a quien se trajo a Torrijos, afrontó la asistencia a los enfermos muy numerosos (ya en vida de su marido había fundado el Hospital de la Trinidad), a los huérfanos e incluso a los pobres cautivos del Magreb, sobre todo, de Argel, renovando o ayudando a la gran obra de la redención de los cautivos de siglos anteriores. Son algunas pequeñas muestras del gran espíritu de esta gran mujer.

Recuerdo que la primera, Beatriz de Silva, fue beatificada por Pío XI y canonizada por Pablo VI. Su cuerpo es venerado en la Casa Madre de las Concepcionistas, de nuestra ciudad. De la segunda, después de varios intentos fallidos en décadas anteriores, se pudo iniciar y concluir el Proceso de Canonización en su fase diocesana. Duró siete meses. Se clausuró con un solemne acto en Torrijos en noviembre del 2002. A mí me cupo el honor de representar al Sr. Cardenal D. Francisco Álvarez, como Juez Delegado suyo en el Tribunal que instruyó esa causa. Causa elevada ya a la Congregación de las Causas de los Santos en el Vaticano.

BIBLIOGRAFÍA

- Sobre *Santa Beatriz de Silva*: Positio de la Causa de canonización (1970).
«Vida de la venerable dña. Beatriz de Silva», por Agustín de Herrera (1647).

«La beata Beatriz de Silva», por Rogelio Conde (1931).

«Santa Beatriz de Silva, la bella Prisionera», por Sor Inmaculada López de Lama, (2001). Biografía moderna y muy interesante, con espléndidas ilustraciones de la misma autora.

- Sobre *Beatriz de Bobadilla*. Referencias en las biografías de Isabel la Católica.

- Sobre *Teresa Enríquez*: «El Carro de las donas», por el obispo de Nola, Fr. Francisco Jiménez. «La Loca del Sacramento, doña Teresa Enríquez» (1922), por C. Bayle. «Teresa Enríquez, la Loca del Sacramento y G. de Cárdenas» (1992), por M. Castro. «Teresa Enríquez» (BAC, 2001), por Amaya Fernández (moderna, asequible y de grata lectura).